

fuerzos de gente, artillería y municiones, y recibió las piezas de que se ha hablado, y una parte de las compañías del 3º Ligeró que con Lazcano se retiraron de Chapultepec á Belem; quedando el resto de dichas compañías, con el mismo Lazcano, á las inmediatas órdenes de Santa-Anna. Echeagaray con las fuerzas del 3º Ligeró reunidas en San Cosme, ocupó la azotea de la casa que posteriormente fué de Bassoco. Rangel proveía á la defensa de la garita con actividad y valor imperturbable: permanecía á caballo en el centro de la entrada, presentando su costado izquierdo al enemigo, y en tal posición dictaba sus órdenes. Habiendo pedido á Santa-Anna nuevos refuerzos, se mandó venir las compañías del 3º Ligeró que con Lazcano habían quedado de reserva: cuando estaban ya á dos cuadras de la garita, este oficial envió á avisar á Echeagaray que acababa de recibir orden de contramarchar á la Ciudadela: el expresado jefe del cuerpo comunicó el aviso á Rangel, quien, vivamente contrariado, mandó prevenir, bajo su propia responsabilidad, á Lazcano, que acudiera con su gente á la garita. Probablemente el mismo Rangel mandó dar toque de llamada para más obligar á Lazcano á acercarse con su fuerza: lo cierto es que el corneta de la garita dió el toque de retirada en los momentos en que el enemigo abordaba la posición, y que las tropas nuestras, ya desmoralizadas, huyeron, arrojándose de las azoteas abajo no pocos soldados.¹

Hasta aquí los apuntamientos á que me he referido.

Indudable es que en la garita de San Cosme, como en la de Belem, era insuficiente la fuerza opuesta á un enemigo formidable y resuelto; y que no hay necesidad de buscar otra causa á la pérdida de ambos puntos.

Tomada la garita de San Cosme,² donde, segun Worth, cayeron prisioneros varios jefes y oficiales nuestros, entre ellos el ayudante Castañares, y muchos soldados, entró toda la columna del expresado mayor general, y el capitán Huger estableció en batería sus piezas de sitio, que, á las nueve de la noche, dirigieron cinco bombas y algunas balas rasas al centro de la ciudad. El mismo Worth dice: "Como á la una de la madrugada, una comision de la municipalidad vino con bandera á mis puestos avanzados, anunciando que inmediatamente despues de los disparos de mis piezas de sitio, el gobierno y el ejército empezaron á evacuar la ciudad, y que dicha comision traía encargo de conferenciar con el gene-

¹ Echeagaray se retiró á la Ciudadela, donde reorganizó el 3º Ligeró, saliendo con él y las demás tropas en la noche hácia Guadalupe.

² El coronel Garland solo menciona una pieza allí capturada; pero deben haber sido tres. El mismo jefe recomienda el comportamiento del teniente U. S. Grant (hoy el general Grant) del 4º de infantería.

ral en jefe, á cuyo cuartel general fué llevada por el ayudante general Mackall." Es de advertir que en el resto de la madrugada, Scott no dió á Worth y á Quitman aviso alguno de la rendición de la capital.

Santa-Anna habia presidido á las ocho de la noche, en la Ciudadela, una junta de guerra de generales por él convocada para tomar una determinacion en circunstancias tan críticas, y á la cual concurrió el gobernador del Estado de México, Olaguíbel, que con 200 hombres y 4 piezas ligeras, habia venido esa tarde de la hacienda de los Morales en auxilio de la capital. En dicha junta se habló de los últimos acontecimientos. "Se deploró —dice Santa-Anna— la situación á que nos habia reducido la desobediencia de unos, la cobardía de otros y la inmoralidad en general de nuestro ejército, de manera que no habia que esperar mejor conducta: tambien se hizo ver en favor de él, que las continuas revueltas, nuestra desorganización social y el mal sistema de reemplazarlo, habian influido mucho en aquel mal, á la vez que por nuestra escasez, los soldados no eran atendidos con lo que les pertenecía, como puntualmente acontecia en aquel día, que no habian probado alimento; que en cuatro anteriores se les debian los socorros, y no se sabia si para el siguiente tendrian que comer. Se manifestó igualmente la escasez de municiones para poder sostener un día más el combate, las pocas fuerzas que habian quedado, y, últimamente, que, reducidos al solo recinto de la Ciudadela, era consiguiente que el enemigo apuraria sus proyectiles, y no seria posible permanecer en ella un par de horas: que ocurrir á los edificios de la ciudad seria comprometerla sin esperanzas de un buen suceso, cuando el pueblo, con pocas excepciones, no tomaba parte en la lucha. Estas y otras reflexiones se tuvieron presentes para resolver, como se acordó unánimemente, que á la madrugada se evacuara la Ciudadela y edificios inmediatos, y que la artillería, municiones y tropa se situaran en la ciudad de Guadalupe Hidalgo, todo á las órdenes del general Lombardini, como se efectuó. Los cuerpos de caballería que estaban en la capital, recibieron orden de estar tambien á la madrugada en la ciudad de Guadalupe, para incorporarse á la division de caballería que allí se hallaba con el E. Sr. general Alvarez."¹

¹ Segun se dijo entónces, algunos jefes opinaron por la inmediata salida del ejército; Olaguíbel proponia una junta más numerosa para discutir el punto, y Santa-Anna determinó desde luego la salida.

Se calculaba en unos 4,000 hombres la caballería y en cerca de 5,000 la infantería. La primera salió al mando de los generales Alvarez, Quijano y Andrade. La segunda salió dividida en cuatro secciones, y se componia de los nacionales de Toluca al mando de Olaguíbel: de los batallones de Lagos, Iturbide y Tula al mando del comandante Arroyo: de muchos piquetes de diferentes cuerpos al mando del general Martínez; y de

El gobierno general y el ejército se ausentaban de México, y era preciso proveer á la seguridad de su vecindario inerme. El Ayuntamiento, que no habia cesado un punto de proporcionar hombres y materiales para la defensa, y que habia conferenciado largamente con el general Tornel, gobernador del Distrito, respecto de la conducta que seguiria en el desgraciado evento que ahora se presentaba, dió en él pruebas de dignidad y energía que honran verdaderamente á sus miembros y á la ciudad en cuyo nombre obraron. ¹ Cerciorada por alguno de sus individuos —D. Rafael Espinosa, que habia acudido al general D. José Joaquín de Herrera— de la inmediata salida del ejército, la corporacion municipal, á las once de la noche del 13 de Setiembre (1847), acordó una protesta y unas proposiciones que fueron presentadas al jefe enemigo por los capitulares D. José Urbano Fonseca, D. José María Zaldívar y D. Juan Palacios, y el oficial mayor D. Leandro Estrada; protesta y proposiciones que no dejará pasar inadvertidas la historia. El primero de tales documentos decia: “El Ayuntamiento de México protesta del modo más solemne á nombre de sus comitentes, ante la faz del mundo y del general en jefe del ejército norte-americano, que si los azares de la guerra han puesto á la ciudad en poder de los Estados-Unidos del Norte, nunca es su ánimo someterse voluntariamente á ningun jefe, persona ni autoridad, sino á las que emanan de la Constitucion Federal sancionada por el gobierno de la República Mexicana, sea cual fuere el tiempo que de hecho dure la dominacion extraña.” Las proposiciones garantizaban la seguridad de templos, conventos, hospitales, casas de beneficencia, bibliotecas y archivos, colegios y escuelas, casas particulares, y toda propiedad mueble ó inmueble, del comun, de corporaciones ó de individuos; el gobierno de la ciudad por las leyes vigentes y en uso de sus fueros; la administracion de justicia en el órden civil y criminal con ar-

los restos de los cuerpos Ligeros y del 11^o de Línea al mando del general D. Francisco Pérez.

Leo en los “Apuntes para la Historia de la Guerra.”

“Por un descuido inconcebible, las únicas fuerzas que se retiraron fueron las que habia en la Ciudadela, en la casa de Ayllon, en la Acordada y en el Portillo de San Diego; quedando enteramente olvidadas las del Niño Perdido, la Profesa, San Fernando, y otras que cubrian el servicio de la Plaza.”

¹ Componíase el ayuntamiento del alcalde D. Manuel Reyes Veramendi; de los concejales D. Juan María Florez y Teran, D. Vicente Pozo, D. Lucio Padilla, D. Rafael Espinosa, D. José Urbano Fonseca, D. Agustín Díaz, D. José María Bonilla, D. Mariano de Beraza, D. Juan Palacios, D. Pedro Tello de Meneses, D. Leandro Pinal, D. Mariano de Icaza, D. José María Aguayo, D. José María Zaldívar, D. Antonio Balderas, D. Antonio Castañón y D. José María de la Piedra; y del oficial mayor D. Leandro Estrada.

reglo á las mismas leyes y por las autoridades del país; el modo de cubrir las vacantes del gobernador del Distrito y de los jueces; la conservacion, administracion é inversion por el ayuntamiento de las rentas municipales y de las contribuciones directas; la conservacion por el mismo ayuntamiento de la fuerza armada necesaria á la seguridad de las prisiones y á la tranquilidad del vecindario. Por último, la corporacion municipal tomara para los usos de su cargo las maderas, jarcia y demás útiles de la defensa, y mantendría enarbolado el pabellon nacional en su palacio; y el jefe enemigo dispondria que sus tropas se alojaran en determinados cuarteles, impidiéndoles el tránsito innecesario por las calles, particularmente de noche, y trabar cuestiones políticas con los vecinos, é impidiendo, además, á los contraguerrilleros y merodeadores la entrada á la ciudad.

Pocos ejemplos se hallarán de exigencias semejantes de parte de un vencido; y si, como era lógico y natural, no fueron en su totalidad admitidas por Scott, las obsequió en algo, y es innegable que su importancia misma y el valor civil con que fueron presentadas, han debido influir en el otorgamiento de varias de ellas y en la disminucion de los males consiguientes á toda ocupacion extranjera. “La comision—decia el ayuntamiento en su manifiesto de 25 de Setiembre— se dirigió á la una y media de la madrugada del 14 al señor general Scott, que estaba en Tacubaya, sin regresar sino hasta despues que el referido señor general ofreció por su propio honor, por el de su ejército y por el de la nacion á que pertenece, hacer cumplir todas aquellas garantías que fuesen compatibles con la seguridad de su ejército; ofreciendo igualmente seguir tratando del pormenor de las que se pedian, luego que se ocupase la capital.” Scott dijo á su gobierno: “Como á las cuatro de la madrugada siguiente (14 de Setiembre) una comision del ayuntamiento vino á decirme que el gobierno y el ejército de México habian huido de la capital unas tres horas ántes; y á pedirme términos de capitulacion en favor de la Iglesia, de los ciudadanos y de las autoridades municipales. Desde luego contesté que no firmaria capitulacion alguna; que la ciudad habia estado virtualmente en poder nuestro desde la hora en que Worth y Quitman el dia ántes tomaron las garitas; que sentia la silenciosa fuga del ejército mexicano; que impondria á la ciudad una contribucion moderada para objetos especiales; y que el ejército americano no entraria bajo otras condiciones que las que él mismo se impusiera; es decir, las que su propio honor, la dignidad de los Estados-Unidos y el espíritu del siglo exigieran é impusieran á juicio mio.” ¹ Agrega Scott que al termi-

¹ En las órdenes generales de Scott de 17 y 18 de Setiembre, de que pronto hablaré,

narse su entrevista con la diputacion municipal, envió, al amanecer, órdenes á Worth y Quitman para que avanzaran lenta y cautelosamente, á fin de evitar traiciones, hácia el centro de la ciudad y ocuparan sus puntos más fuertes y dominantes.

Las tropas de Worth habian pernoctado en la garita de San Cosme y puntos adyacentes. A las tres de la madrugada del 14, el teniente de ingenieros Smith, se adelantó con alguna tropa á reconocer el convento de San Fernando, que halló fortificado, pero ya sin guarnicion: en la calzada inmediata (hoy calle de Rosales) halló un parapeto tambien abandonado. El teniente de ingenieros Mac-Clellan adelantó su reconocimiento hasta la Alameda, y en seguida, á las cinco de la mañana, las tropas y artillería gruesa de Worth avanzaron y ocuparon dicha Alameda, en su extremidad cercana á la calle del Puente de San Francisco, y se detuvieron allí por orden expresa de Scott, que quiso que la columna de Quitman fuese la primera que entrara al centro de la capital.

Por el rumbo de Belem, á la hora del alba, unos cuantos individuos salieron de la Ciudadela con bandera blanca, invitando á Quitman á tomar posesion de dicha fortaleza y noticiándole el abandono de la ciudad. Los tenientes Lowell y Beauregard se adelantaron á reconocer el punto, que ocuparon en seguida la brigada Smith y las demás fuerzas de Quitman, excepto el regimiento de Carolina del Sur, dejado en la garita. Fueron halladas en la Ciudadela quince piezas de artillería montadas, como otras tantas sin cureña, y considerable cantidad de armamento corto y pertrechos, y el 2º regimiento de Pensylvania fué dejado allí de guarnicion. "Comprendiendo —dice Quitman— que habria grandes depredaciones en el palacio y demás edificios públicos, moví la columna en aquella direccion, en el mismo orden, seguida de la batería ligera del capitán Steptoe, por las principales calles hasta la plaza mayor, donde formó frente al palacio nacional.¹ El capitán Roberts del regimiento de Rifleros, que habia mandado la cabeza de la columna de asalto en Chapultepec y distinguiéndose en todas las operaciones del 13, fué designado por mí para enarbolar la bandera estrellada de nuestro país en el palacio nacional. La bandera, primera insignia extraña que habia ondeado sobre este edificio desde la conquista de Cortés, fué desplegada y sa-

fueron consignadas algunas de las garantías pedidas por el ayuntamiento en favor de la ciudad.

¹ La columna de Quitman, segun el plano de las operaciones de este jefe, vino por el costado oriental de la Ciudadela y siguiendo diversas calles, hasta las de Nuevo-México, Rebeldes y San Juan de Letran y Plazuela de Guardiola; y tomó desde aquí por las calles de San Francisco y de Plateros hasta la Plaza de Armas.

ludada con entusiasmo por todas mis tropas.¹ El palacio, que se habia llenado ya de ladrones y rateros, fué puesto á cargo del teniente coronel Watson y de su batallon de Marineros, quienes le hicieron despejar y le preservaron de nuevas expoliaciones. A nuestra llegada á la plaza, el teniente Beauregard fué enviado á dar noticia de los sucesos al general en jefe, quien debia venir por la Alameda con la columna del general Worth. Como á las ocho de la mañana, llegó dicho general en jefe á la plaza, y fué recibido y victoreado con entusiasmo por las tropas."

No obstante que desde las seis apareció en las esquinas una proclama del ayuntamiento anunciando la ocupacion pacífica de la capital por el enemigo, y excitando al vecindario á conservar una actitud digna y tranquila; no obstante esto, digo, una hora despues de la llegada de las tropas norte-americanas á la plaza, y cuando empezaban á dividirse para ir á tomar cuarteles las de Quitman, y las de Worth aun no avanzaban de la Alameda, el pueblo, indignado con la presencia de los invasores, rompió sobre ellos fuego graneado de fusilería desde las esquinas de las calles y desde las puertas, ventanas y azoteas de algunas casas. Los jefes norte-americanos asientan que Santa-Anna, al evacuar la ciudad, dió suelta á los presos de las cárceles, y que éstos fueron principalmente los sostenedores del tiroteo.² Si por la desercion de las guardias de las prisiones, posible y probable en momentos de confusion y desorden, se evadieron algunos criminales, creible es que hayan tratado de ponerse en salvo ántes que de pelear con el extranjero. Lo cierto es que las nuevas hostilidades provinieron de la parte resuelta y belicosa del vecindario, azuzada acaso por los oficiales y soldados que no salieron en la madrugada con el ejército; sostenida por multitud de individuos de la guardia nacional que conservaban armas y parque, y secundada en el resto del dia 14 y en la mañana del 15 por destacamentos de caballería que Santa-Anna, creyendo en un verdadero levantamiento popular, hizo retroceder de San Cristóbal y Guadalupe á fin de reforzarle y dirigirle. Worth dice que el primer disparo sobre su columna hirió gravemente al coronel Garland, y que el último dió muerte al teniente Sid-

¹ A las siete de la mañana segun el general Smith.—Se obligó al guarda mayor del alumbrado, Pomposo Gómez, á ayudar en la operacion de arriar la bandera nuestra y enarbolar la enemiga, y pocas noches despues fué asesinado, no se sabe si en algun arranque de patriotismo mal entendido.

² Worth asegura que "todos los presos de las diversas cárceles, en número de unos 3,000 hombres, fueron soltados de orden del gobierno en fuga, armados y distribuidos en los edificios dominantes, inclusive iglesias, conventos y hasta hospitales, con el fin de excitar si era posible á toda la poblacion á la revuelta, y lograr por medios bastardos lo que todo el ejército mexicano no habia podido."

ney Smith: que destacó en tiradores una parte de su infantería y mandó hacer fuego con sus obuses y hasta con las piezas de sitio sobre las casas de donde salían los disparos. Scott mandó que fuesen voladas, y esto no se efectuó por falta de pólvora, pues había que traerla de Chapultepec; pero, según los mismos jefes enemigos, multitud de casas fueron abiertas á hachazos, se hizo avanzar á la infantería por sus azoteas, se redujo á prisión á los vecinos que parecían sospechosos, y se fusiló á los tenidos por culpables.¹ Tres de las piezas de artillería de Worth fueron traídas á la plaza de Armas, y otras dos abocadas en las calles de Plateros hácia la Alameda. El 8º de infantería del mayor Montgomery, situado cerca del convento de San Francisco, fué acometido por un cuerpo mexicano de caballería que se retiró rápidamente.

Las fuerzas de Quitman fueron hostilizadas por el pueblo, lo mismo que las de Worth. El 2º de infantería, al mando del capitán Morris, escoltaba al capitán de ingenieros Lee, enviado en comisión del servicio á la garita de San Antonio Abad; á tres cabeceras de distancia de palacio hácia el Sur, empezó el pueblo á hacerle fuego desde las calles transversales y desde azoteas y campanarios, arrojándole también piedras y ladrillos. Morris tuvo que dividir su fuerza, que allanar casas, que perseguir por las azoteas á sus contrarios, y que rechazar en las calles los ataques de alguna caballería; y al cabo de seis horas de lucha y con 28 bajas, el expresado cuerpo, falto de municiones, se vió en la necesidad de retroceder á palacio.

Ya he dicho que el tiroteo duró todo el día 14 y parte del 15.

Las tropas mexicanas reunidas en Guadalupe y desprovistas de alimentos y de recursos pecuniarios, habían formado, por disposición de Santa-Anna, dos divisiones, marchando para Querétaro el general D. José Joaquín de Herrera con la infantería y la artillería, y para Puebla el mismo Santa-Anna con la caballería y cuatro piezas ligeras. Al llegar el general presidente al pueblo de San Cristóbal, alcanzósele al-

¹ "No era tiempo de medidas á medias, dice Worth, y si muchas personas inocentes sufrieron incidentalmente en el castigo que tuvimos precisión de aplicar á los salidos de las cárceles, la responsabilidad pesará sobre el bárbaro y vengativo jefe que en tal necesidad nos puso."

El teniente de ingenieros Smith dice: "Muchas casas fueron abiertas violentamente por mis soldados con picos y barras; muchas personas sospechosas reducidas á prisión, y algunas muertas." Agrega que el fuego era irregular, pero nocivo, desde las esquinas, puertas, ventanas y azoteas de las casas; que Mac-Clelland subió á las azoteas con un destacamento de la compañía de ingenieros y mató de 15 á 20 hombres; y que él mismo, de orden de Scott, mandó por pólvora á Chapultepec para volar las casas de donde se les hiciera fuego.

gunos vecinos de México noticiándole *el levantamiento de la población en masa, que tenía sitiados á los invasores en la plaza y les había quitado seis cañones*; y pidiéndole que contramarchara en apoyo del pueblo. Santa-Anna y Alvarez contramarcharon, efectivamente, con la caballería y el batallón del Sur,¹ dejando á las fuerzas en la calzada de Guadalupe y garita de Peralvillo, y entrando los jefes hasta las calles de la capital. "Cuanto fué mi entusiasmo —dice Santa-Anna— por las exageradas noticias que se me dieron en San Cristóbal, así fué el disgusto que me causó el desengaño; pues no observé más que algunos tiros de fusil que á los enemigos disparaban en algunas esquinas varios individuos del pueblo, siendo falsa la quitada de piezas y, por consiguiente, la sublevación general de todas las clases que sitiaban en la plaza á los invasores. Sin embargo, en Peralvillo hice levantar una trinchera que pusiera á cubierto á la infantería del Sur, que allí se colocó para auxiliar al pueblo; y con igual objeto hice recorrer por diversos barrios gruesas partidas de caballería que, como los demás cuerpos de esta arma, se retiraron á pasar la noche á Guadalupe, quedando en Peralvillo la infantería hasta el 16 por la mañana. El día 15 destaqué á varios cuerpos de caballería para que recorriesen algunas calles de la capital y protegiesen al pueblo en el movimiento que se me aseguraba iba á ejecutar ese día sobre los invasores si la tropa lo apoyaba. Marchó también el general Alvarez para estar á la mira y aprovechar la ocasión de hostilizar al enemigo; pero el día pasó lo mismo que el anterior, y el señor Alvarez, al retirarse en la noche, me participó que solamente se había conseguido que los regimientos de caballería 5º y 9º y Guanajuato lancearan á algunos soldados enemigos que encontraron: y en fin, que no observaba síntomas que confirmaran ese levantamiento que se nos aseguraba."

La corporación municipal, que había tratado con Scott á nombre de la ciudad inermé, excitó al pueblo á deponer su actitud hostil en obsequio de la tranquilidad y de la seguridad comun. Con motivo de ello, Santa-Anna dirigió el 15 desde Guadalupe un extrañamiento al alcalde Reyes Veramendi y á los concejales, amenazándolos con tratarlos como traidores si contribuían á enervar el entusiasmo de los ciudadanos; y ordenando que se disolviera la corporación antes que facilitar víveres ni auxilio alguno á los enemigos. Olvidó Santa-Anna que su autoridad respecto de la ciudad y del ayuntamiento había cesado de hecho en la

¹ Se envió, además, al general Herrera orden de contramarchar igualmente con la infantería y artillería; pero ya dicho jefe había llegado á Cuautitlan, y la orden quedó sin efecto.

madrugada del 13, y que desde entónces el primer deber de los municipales consistía en cumplir y hacer cumplir aquello á que en nombre de sus comitentes se comprometieron para salvar las vidas y los intereses del vecindario. Si la parte del pueblo que se alzó en armas obedecía á un sentimiento noble y cumplía un deber patriótico, el ayuntamiento al procurar la cesacion de las hostilidades cumplía las más sagradas obligaciones de su cargo respecto de la ciudad. A ella y á la nacion toda habria convenido que la indignacion causada por el espectáculo de la bandera enemiga en el alcázar del gobierno de un pueblo vencido y subyugado, en vez de evaporarse en unos cuantos disparos sin importancia militar, se concentrara en el corazon de los mexicanos, impidiendo pocos meses despues los convites del Desierto; impidiendo muchos años más tarde la extincion, no del odio, que no cabe en pueblos cristianos, sino del sentimiento de la dignidad herida con ofensas que no han tenido ni pueden tener reparacion.

Las hostilidades contra los invasores cesaron en la tarde del 15, cuando nuestra gente de armas se convenció de que ni se generalizaria el movimiento ni se podria contar con el ejército en retirada.¹ En dichas hostilidades el enemigo debe haber perdido unos 300 hombres entre muertos y heridos, segun entónces se calculó. La pérdida que él mismo señala en sus partes y estados en los dias 12, 13 y 14, ó sea en las operaciones contra Chapultepec y las garitas y los combates en las calles de la ciudad, ascendió á 130 muertos, inclusive 10 oficiales, á 703 heridos, inclusive 68 oficiales, y á 29 dispersos; ó sea una baja total de 862 hombres. Entre los muertos figuraban el capitán Drum y los tenientes Smith, Benjamin, Cantey y Morage, y entre los heridos el coronel Garland; los mayores Loring y Gladden; los capitanes Mackall, Macphail, Simonson, Backetosh, Tucker, Nauman, Page, Fairchild, Williams, Caldwell y King; y los tenientes y subtenientes Armistead, Van Dorn, Brannan, Lyon, Lowell, James, Towreson, Maloney, Palmer, Russell, Shelbock, Steen y Davis.² De la inquietud y de los fundados temores de

¹ Scott decia en su parte de 18 de Setiembre: "Esta guerra desleal duró más de veinticuatro horas, no obstante los esfuerzos de las autoridades municipales, y no se le puso fin sino cuando habiamos perdido ya muchos hombres, inclusive algunos oficiales, entre muertos y heridos, y castigado á los criminales. Su objeto era satisfacer el odio nacional y, entre la alarma y confusion generales, saquear á los ricos y especialmente las casas abandonadas. Pero las familias, en lo general, están volviendo; los negocios de todo género han recobrado su curso, y la ciudad está ya tranquila y alegre ante el admirable comportamiento (con pocas y ligeras excepciones), de nuestras galantes tropas."

² Al citar estos nombres, únicamente me refiero á los muertos y heridos en las garitas y en las calles, pues de los de Chapultepec hablé en el capítulo respectivo.

Scott al verse con ménos de 7,000 hombres útiles en el centro de una ciudad populosa que parecia levantarse en armas, y á corta distancia de un ejército en retirada, que podia volver contra el invasor, dan idea las proclamas del cuartel general de 14 y 16 de Setiembre, en que, despues de excitar á acciones de gracias á Dios públicas y privadas por el triunfo, se hablaba á las tropas de los peligros que corrian y de la necesidad de que se mantuvieran compactas y alerta para evitarlos ó dominarlos.

Justo es confesar que en tan terribles circunstancias Scott dió pruebas de serenidad y acierto, y que el fondo de su carácter humano se reveló en sus actos. Por grandes que hayan sido para la capital las pérdidas y desgracias en los dias 14 y 15 de Setiembre, hay que reconocer que cualquiera otro ejército extranjero, ó este mismo á las órdenes de otro jefe ménos reposado y bondadoso, las habrian causado mucho mayores. Por otra parte, una vez tranquilizada la ciudad, cesaron las medidas de rigor, y el caudillo norte-americano no pensó en escudarse con las hostilidades de que habia sido blanco su gente para dejar de otorgar ó para disminuir las garantías ofrecidas á la corporacion municipal. En sus órdenes generales de 17 y 18 del citado mes reprodujo las reglas y prevenciones expedidas en Veracruz y en Puebla, con sujecion á las leyes comunes de los Estados-Unidos y á la ley marcial, para la mútua seguridad de los habitantes y de su ejército, repitiendo ó agregando en la primera de tales órdenes lo siguiente:

"La administracion de justicia en los ramos civil y criminal por los tribunales ordinarios del país, de ningun modo será entorpecida por oficial ó soldado de las fuerzas americanas, excepto los casos en que puedan ser parte, ó los casos políticos; esto es, cuando se trate de procedimientos so pretexto de noticias y auxilios dados á las fuerzas americanas.

"Para la tranquilidad y seguridad de ambas partes, en todas las poblaciones ocupadas por el ejército americano, se establecerá una policia mexicana en armonía con la policia militar de dichas fuerzas.

"Esta espléndida capital, sus templos y culto religioso, sus conventos y monasterios, sus habitantes y la propiedad de éstos, quedan, además, bajo la especial salvaguardia de la fe y el honor del ejército americano.

"En consideracion á la proteccion antedicha, se impone á esta capital una contribucion de \$ 150,000, que será pagada en cuatro semanarios de á \$ 37,500, comenzando el próximo lúnes 20 de este mes y terminando el lúnes 11 de Octubre.

"El Ayuntamiento de la ciudad queda especialmente encargado de recoger y pagar dichos semanarios.

“Del total de la contribucion se destinarán \$ 20,000 á la compra de efectos para la comodidad de los heridos y enfermos del ejército en los hospitales; \$ 90,000 á la compra de mantas y zapatos para su distribucion gratuita á los soldados; y se reservarán \$ 40,000 para otros objetos militares necesarios.”

Reproduzco en su totalidad la segunda de las expresadas órdenes, que dice á la letra:

“1.—El ejército, gradualmente y lo más pronto posible, se distribuirá y acuartelará en la ciudad, de este modo:

“2.—La 1ª division, en la línea directa (ó cercanías) de la garita de San Cosme á la catedral, extendiéndose algo más acá de la extremidad oriental de la Alameda; y conservará en dicha garita una guardia competente con dos cañones de calibre mediano.

“3.—La 2ª division, en torno de la plaza mayor, extendiéndose hácia la garita de San Lázaro ó el Peñon, en la cual mantendrá una guardia y dos piezas de artillería.

“4.—La 3ª division, en la línea directa (ó cercanías) de la garita de Peralvillo ó Guadalupe hácia la catedral, hasta el convento de Santo Domingo; y mantendrá guardia y dos piezas de artillería en la garita.

“5.—La division de Voluntarios, en la línea directa (ó cercanías) de la garita de San Antonio hácia la catedral, hasta el hospital de Jesus; manteniendo tambien guardia y dos piezas de artillería en la expresada garita.

“6.—La brigada de caballería se alojará en los cuarteles de esta arma cerca del palacio nacional, señalados con la letra *m* en el plano de la ciudad; y suministrará diariamente un destacamento de un cabo y seis soldados á cada una de las garitas ocupadas, para que sirva de correo entre las garitas y los comandantes de las divisiones respectivas, y para lo demás que se ofrezca.

“7.—Ninguna casa particular será ocupada por tropa ú oficiales sino despues de llenos los edificios públicos adecuados en las líneas arriba señaladas; y todos los oficiales con mando se acuartelarán en union de sus tropas respectivas, ó cerca de ellas.

“8.—Ninguna renta de edificio ocupado por tropa ú oficiales será pagada por los Estados-Unidos sin autorizacion del cuartel general; ni casa alguna particular será ocupada como cuartel sin el libre consentimiento del propietario ú orden del cuartel general. No se tolerará la menor infraccion de estas prevenciones.

“9.—El cobro de alcabalas ó derechos en las garitas por las autoridades civiles, seguirá como antiguamente, miéntras no sea modificado

por el gobernador civil y militar (mayor general Quitman) con arreglo á las miras del general en jefe. Los efectos pertenecientes á los departamentos de las comisarias y del cuartel-maestre del ejército, quedan desde luego libres de todo derecho.”

Como se ve, el jefe de la division de voluntarios, general Quitman, fué nombrado gobernador civil y militar de la ciudad. Agregaré que Scott se alojó en la casa número 7 de la calle del Espíritu Santo. Segun publicaciones contemporáneas, para entregar la contribucion impuesta por dicho jefe, el ayuntamiento contrató un préstamo de igual cantidad¹ con D. Juan Manuel Lazqueti y D. Alejandro Bellangé, hipotecándoles todas las rentas del Distrito. La misma corporacion municipal tuvo á su cargo la aduana, el correo, la renta del tabaco y las contribuciones directas.

Scott, en comunicacion de 18 de Setiembre á su gobierno, se queja de que en la prensa de los Estados-Unidos se hubiera triplicado el efectivo de su ejército, rebajando así en la misma proporcion el mérito de sus triunfos; y presenta una sinópsis de la campaña en el Valle de México, que en lo relativo al número total de la fuerza invasora y al de las tropas que tomaron parte en cada hecho de armas, viene confirmando asertos ó cálculos míos, ó, por lo ménos, difiere de lo que el mismo jefe había ántes sentado, en su tendencia á disminuir el número de sus tropas de combate para aumentar la gloria del vencimiento.

“Dejando —dice— como todos lo habíamos temido, guarniciones insuficientes en Veracruz, Perote y Puebla, con mucho mayor número de enfermos ó heridos, y obligados por la misma escasez de gente á abandonar á Jalapa, salimos de Puebla del 7 al 10 de Agosto con solo 10,738 soldados (*rank and file*); incluyendo en este número la guarnicion de Jalapa y los 2,429 hombres traídos por el general Pierce el 6 de Agosto.²

“En Contreras, Churubusco, etc. (20 de Agosto), no tuvimos sino 8,947 hombres de combate, deducidos la guarnicion de San Agustin, que era nuestro punto de depósito, los enfermos y los muertos. En Molino del Rey, (Setiembre 8) solo hubo en batalla tres brigadas con alguna caballería y artillería, constituyendo un total de 3,521 hombres. En los días 12 y 13 de Setiembre toda nuestra fuerza operante, deducidos los recientes muertos y heridos y enfermos, la guarnicion de Mixcoac, que era á la sazón nuestro punto de depósito, y la de Tacubaya, consis-

¹ Fué pagado con dinero de la indemnizacion norte-americana.

² Aumentando oficialidad, estados mayores, cuerpo-médico militar y demás servicios del ejército, el de Scott debe haber excedido de los 12,000 hombres que yo le calculaba.

tió solamente en 7,180 hombres; y finalmente, deduciendo la nueva guarnición de Chapultepec y los muertos y heridos de esos dos días, hemos tomado el 14 posesion de esta capital con ménos de 6,000 hombres. . . .

“Recapitulo así nuestras pérdidas desde que llegamos al Valle de México:

“Agosto 19 y 20: muertos 137, inclusive 14 oficiales; heridos 877, inclusive 62 oficiales; dispersos (probablemente muertos) 38 soldados: total 1,052.

“Setiembre 8: muertos 116, inclusive 9 oficiales; heridos 665, inclusive 49 oficiales; dispersos 18 soldados: total 789.

“Setiembre 12, 13 y 14: muertos 130, inclusive 10 oficiales; heridos 703, incluyendo 68 oficiales; dispersos 29 soldados: total 862.

“Total general de pérdidas 2,703, inclusive 383 oficiales.”

Importa que mis lectores se fijen en estos guarismos, porque se ha dicho y creído comunmente que el invasor en sus partes oficiales exageró la defensa de nuestro país para realzar su propio triunfo. La pérdida suya en muertos y heridos, comprobada con sus estados nominales que tengo á la vista y que no le era posible abultar, da la idea exacta de la resistencia de México á la invasion de los Estados-Unidos. Acabamos de ver aquí sus bajas en solo el Valle. Más adelante procuraré recapitular las que tuvo del otro lado del Bravo, en Nuevo-México, Sonora, California y Chihuahua, en Monterey y la Angostura, Veracruz y Cerro-Gordo, Tabasco, Mazatlan, Puebla, etc. Resultará de todo ello que la defensa de la República fué la que podía hacerse, dadas sus circunstancias especiales, y que no fué deshonrosa, como los mismos mexicanos, en nuestro prurito de apocarnos, hemos creído y proclamado los primeros, á reserva de indignarnos contra quienes lo han repetido.

Segun el mismo Scott, en la campaña del Valle tuvimos más de 7,000 muertos y heridos; se nos hicieron 3,730 prisioneros, la sétima parte de ellos oficiales, incluyendo 13 generales; y perdimos más de 20 banderas y estandartes, 75 piezas de guesa artillería, 57 de campaña, 20,000 armas de mano, é inmensa cantidad de municiones.

Hace notar que su propio ejército peleó siempre con triples fuerzas nuestras; gravísima y notoria inexactitud que he venido patentizando al hablar de cada hecho de armas. Demostrado como lo está, que la totalidad de nuestro ejército aquí no excedía de 20,000 hombres, fácil es notar desde luego que esta fuerza, cubriendo la área extensísima de las fortificaciones de México, no podía presentar masas muy considerables en los combates parciales; más aún: que como fuerza defensiva de una plaza tan grande y abierta, era militarmente muy inferior á la con-

traria, que podía escoger y escogió sus puntos de ataque cargando en ellos el grueso de su gente.

Para terminar respecto de esta campaña del Valle, consignaré ó repetiré que, á juicio de las personas entendidas en el arte de la guerra, el plan de la defensa fué acertado, no obstante el número relativamente escaso de las tropas que iban á realizarle; y que su mal éxito se debió principalmente: 1º á la facilidad dejada al enemigo, de dirigirse del Oriente al Sur esquivando el Peñon, la mejor fortificación nuestra y en cuyo ataque es creíble que fracasara: 2º, á la insubordinación de Valencia que se atrincheró en Padierna con la división que debió quedar expedida para cargar sobre la retaguardia del enemigo al embestir éste cualquiera de nuestros puntos: 3º, á la inacción de Santa-Anna en el mismo campo de Padierna con su división de reserva, que, ya que los papeles se invirtieron, debió atacar á todo trance á Scott por su retaguardia ó de flanco, convirtiéndose en auxiliar eficaz de la división del Norte, para evitar su destrucción y derrotar probablemente al contrario. La ocasión única de ello se perdió allí, por desgracia. El triunfo que en Molino del Rey se obtuviera si cargara la caballería en el instante oportuno, no habria podido ser tan importante ni decisivo como el que debió obtenerse el 19 de Agosto.

Decia, por último, Scott en su comunicación ya citada:

“Fugitivo el mismo general Santa-Anna, se cree que está á punto de renunciar la magistratura suprema y de retirarse á Guatemala. Un nuevo presidente será nombrado sin duda, y se espera que el congreso federal se reuna en Querétaro en todo el mes de Octubre. He visto y dado salvoconducto á algunos de sus miembros. El gobierno se hallará sin recursos, sin ejército ni arsenales ni depósitos, y con rentas interiores ó exteriores cortísimas. Pero es tal todavía la obstinación, ó, mas bien, la infatuación de este pueblo, que es muy dudoso que las nuevas autoridades se atrevan á resolverse por la paz en los términos dados á conocer por nuestro enviado en las recientes negociaciones.”

Parte de lo que anunciaba Scott en las anteriores líneas, habia tenido ya cumplimiento. Santa-Anna, á quien se reunieron los ministros de la Guerra y de Relaciones, hizo renuncia el 16 de Setiembre, en Guadalupe, de la presidencia de la República, á fin de quedar expedito para continuar la campaña; declaró que se encargaria de dicha magistratura D. Manuel de la Peña y Peña como presidente de la Suprema Corte de Justicia, con los generales Herrera y Alcorta por asociados; y designó la ciudad de Querétaro como punto de residencia del gobierno.